

¿Qué es la fe?

R.C. Sproul

Preguntas Cruciales
No. 8



¿Qué *es* la fe?

R. C. Sproul

Reformation Trust A DIVISION OF LIGONIER MINISTRIES, ORLANDO, FL

Serie Preguntas Cruciales

Por R. C. Sproul

¿Quién *es* Jesús?

¿Puedo confiar *en la* Biblia?

¿Puede *la oración* cambiar las cosas?

¿Puedo *conocer* la voluntad de Dios?

¿Cómo debo *vivir en* este mundo?

¿Qué significa *nacer* de nuevo?

¿Puedo estar seguro *de que soy* salvo?

¿Qué *es* la fe?

¿Qué puedo *hacer con* mi culpa?

¿Qué es *la* Trinidad?

¿Qué es *el* Bautismo?

¿Puedo tener gozo *en* mi vida?

¿Quién es *el* Espíritu Santo?

¿Controla Dios *todas* las cosas?

¿Cómo puedo desarrollar una conciencia cristiana?

¿Qué es *la* Cena del Señor?

¿Qué es *la* iglesia?

¿Qué es *el* arrepentimiento?

¿Cuál es *la relación entre la* iglesia y *el* Estado?

¿Estamos en *los* últimos días?

¿Qué es la fe?

Traducido del libro *What Is Faith?*,
publicado por Reformation Trust Publishing,
una división de Ligonier Ministries.
421 Ligonier Court, Sanford, FL 32771
Ligonier.org   ReformationTrust.com
© Marzo de 2016. Versión electrónica

Diseño de portada: Gearbox Studios
Diseño interior: Katherine Lloyd, The DESK
Traducción al español: Elvis Castro, Proyecto Nehemías

ISBN para la versión electrónica
en MOBI: 978-1-56769-409-3

CONTENIDO



Una visión esperanzada

Cuando hablamos del cristianismo, es más probable que lo llamemos "fe cristiana" que "religión cristiana". Esto es apropiado por el hecho de que el concepto de fe es fundamental para el cristianismo, porque la fe es central para la perspectiva bíblica de la redención. No obstante, la fe es un concepto multifacético, por lo que aun muchos cristianos profesantes luchan por comprender qué es exactamente.

En este librito, quiero explorar la naturaleza de la fe según como se la define en la Biblia. Nos enfocaremos en cómo se relaciona la fe con nuestra salvación y analizaremos los elementos necesarios de lo que llamamos "fe salvadora". También veremos cómo se relaciona la fe con la razón y otros asuntos que hallamos en la Biblia en relación con este concepto.

LA FE ES LA SUSTANCIA DE LA ESPERANZA

La definición más fundacional para la fe en la Biblia se encuentra en Hebreos: “Ahora bien, la fe es la garantía de lo que se espera, la certeza de lo que no se ve. Gracias a ella fueron aprobados los antiguos” (11:1-2, NVI). Nótese la distinción que hace el autor de Hebreos entre fe y esperanza. Estas ideas están íntimamente conectadas, pero aun así se distinguen. De manera similar, Pablo escribe en 1 Corintios 13 acerca de la gran triada de virtudes cristianas: la fe, la esperanza, y el amor. Este pasaje también revela que hay una distinción entre fe y esperanza.

Antes de que exploremos el vínculo entre estos conceptos, quiero abordar la noción bíblica de esperanza, porque en el Nuevo Testamento la palabra *esperanza* funciona de una manera algo distinta a como se usa hoy en los países de Occidente. Cuando nosotros usamos la palabra *esperanza*, generalmente nos referimos a un estado emocional de deseo en nuestro corazón respecto a lo que nos gustaría que ocurriera en el futuro pero no estamos seguros de que llegue a suceder. Puede que esperemos que nuestros equipos favoritos ganen partidos de fútbol o de básquetbol, pero puede que esa esperanza nunca se haga realidad. Por ejemplo, yo siempre he sido hincha de los Pittsburgh Steelers, y regularmente espero que los Steelers ganen sus partidos de fútbol. Esta puede ser una esperanza vana y fútil, porque es cualquier cosa menos una certeza. Hay un tipo de esperanza que no nos defrauda (cf. Romanos 5:5), pero a menudo yo temo que mis esperanzas por los Steelers podrían defraudarme, porque aunque regularmente ganan

torneos, también pierden partidos.

Sin embargo, cuando la Biblia habla de esperanza, no se refiere a un deseo por un resultado futuro que es incierto, sino más bien a un deseo por un futuro que es absolutamente seguro. Basados en nuestra confianza en las promesas de Dios, podemos tener plena confianza acerca del resultado. Cuando Dios le hace una promesa acerca del futuro a su pueblo, y la iglesia se aferra a ella, se dice que esta esperanza es un "ancla del alma" (Hebreos 6:19). Un ancla es lo que protege a un barco de quedar a la deriva sin rumbo en el mar. Las promesas de Dios para mañana son hoy el ancla de los creyentes.

Cuando la Biblia dice que la "fe es la *garantía* de lo que se espera" (Hebreos 11:1, énfasis añadido), habla de algo que tiene peso o significación, algo de extremado valor. La implicación es que la fe comunica la esencia de la esperanza.

En un sentido real, la esperanza es la fe que mira hacia el futuro. La palabra *fe* entraña un fuerte elemento de confianza. Si mi esperanza se basa en algo que Dios ha dicho que sucederá en el futuro, la esperanza que tengo de esa futura promesa adquiere sustancia a partir de mi seguridad y confianza en Aquel que hace la promesa. Puedo tener esperanza porque tengo fe en Dios. Puesto que puedo confiar en la promesa de Dios para el mañana, mi esperanza tiene garantía; mi esperanza no es solo una quimera, una fantasía o la proyección de mis deseos basada en sueños vanos. Más bien está basada en algo sustancial.

LA FE ES LA PRUEBA DE LO QUE NO SE VE

La definición de la fe continúa: "La fe es… la certeza de lo que no se ve". El autor usa una referencia a uno de los sentidos del cuerpo humano por medio del cual adquirimos conocimiento: el sentido de la vista. Hoy existe una expresión popular: "Ver para creer". De manera similar, a la gente de Missouri le gusta decir: "Muéstrame". Esta actitud no se opone a la fe bíblica, porque el Nuevo Testamento nos llama a poner nuestra confianza en el evangelio, no sobre la base de algún salto irracional hacia la oscuridad, sino sobre la base del testimonio de testigos oculares que reportan en la Escritura lo que vieron.

Pensemos, por ejemplo, en el testimonio apostólico de Pedro: "Porque, cuando les hicimos saber que nuestro Señor Jesucristo vendrá con todo su poder, no lo hicimos siguiendo fábulas artificiosas, sino como quienes han visto su majestad con sus propios ojos" (2 Pedro 1:16). Asimismo, cuando Lucas comienza su Evangelio, lo dirige a Teófilo, diciendo: "Después de haber investigado todo con sumo cuidado desde su origen, me ha parecido una buena idea escribírtelas por orden" (1:3). Él está hablando de las cosas que él ha corroborado sobre la base de testigos oculares. De igual modo, cuando Pablo defiende su confianza en la resurrección en 1 Corintios 15, apela a los testigos oculares del Cristo resucitado: Cefas, los Doce, los quinientos, Jacobo, y todos los apóstoles (vv. 5-7). Luego escribe: "Y por último se me apareció a mí, que soy como un niño nacido fuera de tiempo" (v. 8). Pablo está diciendo: "Creo en la resurrección porque muchos testigos

oculares vieron a Cristo resucitado, y yo mismo lo vi”.

Por lo tanto, en el Nuevo Testamento hay un vínculo entre fe y vista, y no obstante el autor de Hebreos describe la fe como la certeza de lo que *no* se ve. Quizá este sea el motivo por el que algunos aducen que hay un fundamento bíblico para considerar la fe ciega como virtuosa. Después de todo, si uno no puede ver, se dice que uno está ciego, así que si la fe es certeza de lo que no se ve, eso debe significar que la fe a la que se refiere el autor es una fe ciega.

No puedo pensar en nada que esté más lejos del significado de Hebreos 11:1-2 que la fe ciega. Quienes promueven la fe ciega dicen: “Creemos lo que creemos sin razón alguna. Es algo totalmente arbitrario”. La idea es que hay algún género de virtud en cerrar los ojos, respirar profundo, y desear con todas nuestras fuerzas que algo sea verdad —y luego decir: “Es verdad”. Eso es credulidad, no fe.

La Biblia nunca declara que debamos saltar a la oscuridad. De hecho, la instrucción bíblica es que las personas salgan de la oscuridad a la luz (cf. Juan 3:19). La fe no es ciega en el sentido de ser arbitraria, caprichosa, o una mera expresión de deseos humanos. Si ese fuera el caso, ¿por qué el autor de Hebreos diría que la fe es “la prueba palpable de lo que no podemos ver” (PDT)?

Cuando la fe está vinculada a la esperanza, se la sitúa en el marco temporal del futuro, y si hay algo que yo no puedo ver en absoluto es el mañana. Ninguno de nosotros ha experimentado aún el mañana. Como dije anteriormente, he esperado que los Pittsburgh Steelers ganen sus partidos de fútbol. Pero no puedo saber de antemano si eso va a ocurrir o no.

Sin embargo, Hebreos dice que la fe es la *prueba* de lo que no se ve. La prueba es tangible. La prueba es algo que podemos conocer a través de nuestros cinco sentidos. La prueba es lo que los oficiales de policía investigan y tratan de reunir en una escena del crimen: huellas dactilares, indicios de restos de pólvora, prendas abandonadas, y todo lo demás. Todas estas cosas son visibles y señalan hacia otro lugar a alguna verdad importante. Es por eso que la gente analiza las pruebas.

La idea es esta: yo no sé qué traerá el mañana, pero sé que Dios sabe qué traerá el mañana. Así que si Dios promete que el mañana traerá algo, y si confío en Dios para el mañana, tengo fe en algo que aún no he visto. Esa fe actúa como prueba porque su objeto es Dios. Yo lo conozco; él tiene un historial: es infalible y nunca miente. Dios lo sabe todo y es perfecto en todo lo que comunica. Así que si Dios me dice que algo va a suceder mañana, yo lo creo aun cuando todavía no lo he visto.

Eso no es credulidad o irracionalidad. Al contrario, es irracional *no* creer algo que Dios dice respecto a algún acontecimiento futuro.

¿Qué dice Dios acerca del futuro? Él no solo nos revela sucesos del mañana que aún no hemos visto, sino que también nos revela mucho acerca del ámbito sobrenatural que nuestros ojos no pueden penetrar. En este momento no podemos ver ángeles. No podemos ver el cielo. Pero Dios nos revela la existencia de estas cosas, y por fe vemos que ellas tienen realidad porque Dios es creíble.

FE ES CREER EN DIOS

Cuando Dios vino a Abraham, a quien se le conoce como “el padre de los fieles” (ver Romanos 4:16), le habló sobre el futuro. Dios le dijo: “Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré. Yo haré de ti una nación grande. Te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición. Bendeciré a los que te bendigan, y maldeciré a los que te maldigan; y en ti serán benditas todas las familias de la tierra” (Génesis 12:1-3).

Abraham le creyó a Dios. Él partió, sin saber a dónde iba, en un viaje a un país y a un futuro que nunca había visto. El Nuevo Testamento nos dice que “esperaba llegar a la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios” (Hebreos 11:10).

Abraham no era un explorador en busca de un tesoro escondido basado en una leyenda sobre el botín de un pirata oculto en una caverna en algún sitio. Abraham buscaba un lugar porque Dios le había dicho que le iba a mostrar ese lugar. Él confió en Dios respecto a lo que aún no había visto, y al hacerlo se convirtió en el padre de los fieles.

Al igual que Abraham, somos peregrinos de paso en este mundo, buscando aquel país celestial, la ciudad cuyo arquitecto y constructor es Dios. No hemos visto esta ciudad, pero sabemos que existe, y la evidencia de ello es la confianza que tenemos en Aquel que promete llevarlo a cabo.

En esencia, la fe es lo siguiente. No es creer *en* Dios; es creerle *a Dios*. La vida cristiana se trata de creerle a Dios. Se trata de vivir por cada palabra que sale de su boca (Deuteronomio 8:3; Mateo 4:4). Se trata de seguirlo a lugares donde nunca hemos estado, a situaciones que nunca hemos experimentado, a

países que nunca hemos visto, porque sabemos quién es él.

Este es el tipo de fe que la Biblia, en un sentido, llama fe como de un niño. No es fe *infantil*, sino *como* de un niño. Cuando éramos pequeños, teníamos poco conocimiento acerca de qué era seguro y qué era peligroso. Tomábamos la mano de nuestro padre o nuestra madre, y ellos nos llevaban por la calle. Cuando llegábamos a una esquina, no sabíamos la diferencia entre una luz roja y una verde. Pero ellos nos guiaban. Cuando ellos se detenían, nos deteníamos nosotros. Cuando ellos bajaban de la vereda y cruzaban la calle, lo hacíamos nosotros. Confiábamos en nuestros padres porque estábamos a su cuidado.

Lamentablemente, hay padres tan corruptos que rompen la confianza que sus hijos pequeños ponen en ellos. Estos padres golpean a sus hijos y a veces incluso los matan. No obstante, la confianza de un niño en su madre y padre en la mayoría de los casos no es algo irracional. Por analogía, se nos llama a confiar en Dios, a saber que él está pendiente de nosotros. Él no nos va a llevar al desastre. La fe como de un niño confía en el carácter de Dios quien nos considera como sus hijos.

El peregrinaje de la vida cristiana es un peregrinaje de fe. Comienza cuando Dios crea fe en nuestro corazón. En la primera etapa de nuestra experiencia cristiana, abrazamos a Cristo y confiamos en él para nuestra redención, pero todo el peregrinaje del cristiano está arraigado y cimentado en esa confianza, en esa seguridad. Todo el proceso está definido por el vivir por fe (cf. Col 2:6). Es por eso que Dios le dijo al profeta Habacuc: “El justo vivirá por su fe”.

Habacuc estaba perplejo porque Dios permitiría que su pueblo elegido fuese derrotado por una nación pagana y fuese puesto en un estado de opresión. Habacuc dijo que él subiría a su torre de vigilancia y esperaría a que Dios se pronunciara. Él escribe:

> Decidí mantenerme vigilante. Decidí mantenerme en pie sobre la fortaleza. Decidí no dormir hasta saber lo que el Señor me iba a decir, y qué respuesta daría a mi queja. Y el Señor me respondió, y me dijo: "Escribe esta visión. Grábala sobre unas tablillas, para que pueda leerse de corrido. La visión va a tardar todavía algún tiempo, pero su cumplimiento se acerca, y no dejará de cumplirse. Aunque tarde, espera a que llegue, porque vendrá sin falta. No tarda ya. Aquel cuya alma no es recta, es arrogante; pero el justo vivirá por su fe" (Habacuc 2:1-4).

Esta aparentemente inofensiva declaración, "el justo vivirá por su fe", se cita tres veces en el Nuevo Testamento (Romanos 1:17; Gálatas 3:11; Hebreos 10:38). Es un motivo central en los escritos de Pablo. Significa que Dios se complace cuando su pueblo vive confiando en él.

Dios le dice a Habacuc: "Responderé a tu pregunta. Pero no responderé inmediatamente. Debes esperar. Pero mientras esperas, recuerda que la respuesta llegará con seguridad". Luego hace un contraste entre la persona orgullosa, que no es recta, que vive según la vista, según lo que tiene inmediatamente en frente. No tiene tiempo para confiar en las promesas invisibles de Dios. En un marcado contraste está el hombre de fe. Aun

cuando las promesas de Dios se tarden, es seguro que se cumplirán, y a los ojos de Dios la persona justa es la que vive por fe.

Esta expresión, “el justo vivirá por su fe”, es traducida por Jesús en su conflicto con Satanás en el desierto cuando Jesús le recuerda al Diablo que el hombre no vive solo de pan sino de toda palabra que sale de la boca de Dios (Mateo 4:4). Decir que vivimos de todas las palabras que Dios habla es lo mismo que decir que vivimos por fe. Nos fiamos de su palabra. Confiamos nuestra vida, en cuerpo y alma, a él, a su sistema de valores, a su estructura, y a su Palabra.

FE Y EVIDENCIA

A medida que continúa desarrollando el significado de la fe, el autor de Hebreos vuelve nuestra atención hacia una de las más asombrosas vistas que nuestros ojos pueden contemplar: el universo en el que vivimos. Aquí leemos: “Por la fe entendemos que Dios creó el universo por medio de su palabra, de modo que lo que ahora vemos fue hecho de lo que no se veía” (Hebreos 11:3). Esa es una oración algo complicada, pero nótese que el origen divino de la creación se asimila por un acto de fe, no un acto de credulidad.

Muchos piensan hoy que el conflicto entre ciencia y religión es un conflicto entre razón e irracionalidad. Pero la Biblia no nos llama a creer en el acto divino de creación simplemente a través de un salto de fe o mediante una crucifixión del intelecto con la cual ignoramos lo que la razón puede

enseñarnos. Los grandes teólogos de la historia de la iglesia —personas como Agustín y Tomás de Aquino, por ejemplo— distinguieron entre la fe y la razón, pero insistieron en que lo que se adopta por la fe nunca es irracional.

La fe y la razón tampoco son antitéticas. Tanto Agustín como Aquino creían que toda verdad es verdad de Dios, y que todas las verdades convergen en una sola. Dios revela su verdad no solo a través de la Biblia, sino también a través de lo que llamamos "revelación natural". Génesis 1-2 nos muestra que Dios es el Creador de todas las cosas, pero también "los cielos proclaman la gloria de Dios; el firmamento revela la obra de sus manos" (Salmo 19:1).

En su epístola a los Romanos, Pablo nos dice que los atributos invisibles de Dios —son invisibles en el sentido de que no podemos verlos— pueden percibirse a través de las cosas creadas (Romanos 1:20). En otras palabras, a través de lo visible se nos revela un conocimiento del Dios invisible. La creación misma grita la realidad del Creador. Por lo tanto, no debería haber conflicto en nuestra comprensión de la naturaleza del universo y nuestra comprensión del origen del universo, que nadie ha visto.

Hace muchos años, inicié una correspondencia con el Dr. Carl Sagan, el difunto astrónomo y astrofísico, cuando ambos respondimos a una publicación sobre cuestiones de teología y cosmogonía filosófica. Hablamos acerca de la teoría del "Big Bang" o gran explosión que él apoyaba. Sagan decía que mediante el aparato científico, ahora podemos retroceder hasta el primer nanosegundo del momento de la gran explosión. Yo respondí: "Bueno, retrocedamos más allá de eso. ¿Qué había, a su juicio, antes de esta explosión? Usted ha dicho que había una completa concentración de toda la

materia y la energía en un infinitesimal punto de singularidad, un punto que había estado en un estado de organización e inercia por la eternidad, pero que repentinamente decidió explotar. Quiero saber quién la movió. Quiero saber qué fuerza exterior perturbó su inercia". Él dijo: "Bueno, no podemos ir allá. No necesitamos ir allá"- Yo le dije: "Sí, *realmente* necesitamos ir allá, porque si usted asume que el Big Bang ocurrió por casualidad, está hablando de magia, no de ciencia".

El punto es que ningún científico estuvo presente como un observador de ese acontecimiento. No hubo testigos oculares de la creación. Así que llegamos al origen del universo mediante una especie de deducción a partir de lo que vemos, o miramos la revelación sobrenatural que Dios nos da, que antecede al universo material tal como lo conocemos. Yo creo que por ambos caminos llegamos a la misma conclusión.

Hebreos no dice: "Por la fe entendemos que Dios creó el universo por medio de su palabra, de modo que lo que ahora vemos fue hecho de lo que no se veía" (11:3). Eso es como decir: "Las cosas que se ven no provienen de cosas visibles". En algún punto en el análisis científico, en tanto que razonamos hacia el pasado a partir de lo que se ve, enfrentamos el problema de la necesidad causal de una causa invisible y no física de lo que se ve. Es por eso que históricamente los teólogos cristianos han hablado de "creación *ex nihilo*", creación *de la nada*.

Desde luego, eso no significa que no hubiera nada involucrado, porque Dios es un algo y no una nada. Un ser eterno que existe por sí mismo fue la causa eficiente del universo. Él lo trajo a existencia. La idea de la frase *ex*

nihilo simplemente es que Dios no reacomodó o remodeló materia preexistente meramente como un alfarero modela arcilla para formar una bella vasija. En lugar de eso, Dios trajo a existencia el mundo físico a partir de la nada. Si Dios le hubiese dado existencia al mundo a partir de materia preexistente, esa materia hubiese requerido una causa *material*, y ese material a su vez habría requerido una causa material, y así sucesivamente, retrocediendo por toda la eternidad, lo cual es absurdo. No; "lo que ahora vemos fue hecho de lo que no se veía".

Así que cuando Hebreos 11:3 dice que entendemos la creación por fe, significa que en este punto debemos confiar en la Palabra de Dios. Nosotros no estuvimos ahí al momento de la creación, pero Dios estuvo, y nos ha relatado el suceso. Él dice: "Así es como sucedió. Yo ordené que el universo existiera. Yo soy el que soy. Tengo el poder de ser por mí mismo. Soy eterno. Soy el Autor de la existencia no eterna de un universo finito. Este vino a existencia por medio de mi poder creador. Yo dije 'que haya luz', y hubo luz".

Confiamos en la Palabra de Dios para entender que el mundo en el que vivimos fue diseñado, modelado y creado por la Palabra de Dios, de manera que las cosas que se ven fueron hechas de lo que no se veía (o no se ve). Hoy no podemos encontrar nada en el universo que en sí mismo tenga poder suficiente para explicar su propia existencia. De hecho, mientras más lo analizamos, más finito y contingente se manifiesta.



Ejemplos de fe

Como filósofo existencial y como cristiano, Søren Kierkegaard fue en cierto modo negativo respecto a la cultura europea del siglo XIX. Una vez dijo: “Que otros se quejen de que nuestra época es malvada; yo me quejo de que es insignificante”. Lo que quería decir es que su época era un tiempo en el que la gente carecía de una fe apasionada. Para aliviar su desaliento, volvió a las páginas del Antiguo Testamento: “Allí uno al menos siente que se habla de seres humanos. Allí la gente odia, la gente ama, la gente asesina al enemigo y maldice a sus descendientes por todas las generaciones, allí la gente peca”. Él no se regocijaba en estos comportamientos pecaminosos. Meramente estaba observando que los santos del Antiguo Testamento ejercían su fe en medio de una agitación y lucha de

la vida real.

Al igual que Kierkegaard, me vuelvo a las historias en las páginas del Antiguo Testamento para ver ejemplos de carne y hueso de lo que significa vivir por fe. El autor de la carta a los Hebreos hizo lo mismo, y reunió muchos de estos ejemplos en el llamado “salón de la fama” de los héroes y heroínas de la fe (Hebreos 11:4-40). A medida que consideramos estos ejemplos, aprendemos mucho acerca de la naturaleza de la fe.

ABEL: DAR LA HONRA A DIOS

El salón de la fama de la fe comienza con uno de los más antiguos hombres de Dios: “Por la fe, Abel ofreció a Dios un sacrificio más aceptable que el de Caín, y por eso fue reconocido como un hombre justo, y Dios aceptó con agrado sus ofrendas. Y aunque Abel está muerto, todavía habla por medio de su fe” (Hebreos 11:4).

Aquí vemos que la fe no es simplemente confiar en Dios respecto al futuro o confiar en la Palabra de Dios respecto a la verdad acerca de las cosas invisibles a nuestros ojos, aun cosas que ocurrieron en el pasado, tales como la creación. La fe es también el medio por el cual vivimos en respuesta a los mandatos de Dios.

Se nos dice que Abel ofreció un sacrificio más excelente que Caín. En el libro de Génesis leemos que tanto Caín como Abel ofrecieron sus sacrificios a Dios (4:3-7). Dios aceptó el sacrificio de Abel pero rechazó el de Caín. Algunos aducen que la razón de la diferencia de la respuesta de Dios fue que

Abel ofreció un sacrificio de un animal, mientras que Caín ofreció el producto de los campos, pero nada en la Biblia indica que solo un sacrificio animal sea aceptable para Dios. En el Antiguo Testamento se describen ocasiones de todo tipo para ofrendas de grano, ofrendas de cereal, y otras, de manera que no es apropiado concluir que Dios aceptó el sacrificio de Abel y rechazó el de Caín a causa de la naturaleza de los propios sacrificios. Aquí en Hebreos 11 más bien se elogia a Abel, no porque presentara un animal, sino porque ofreció su sacrificio con fe.

Como vemos a lo largo de todo el Antiguo Testamento, a Dios le importaba mucho la actitud del corazón de la persona que llevaba un sacrificio al altar. En la era del Antiguo Testamento, muy a menudo las personas simplemente hacían ademanes y ofrecían sus sacrificios de manera rutinaria, por lo cual eran hipócritas. Dios dijo: “Yo aborrezco sus fiestas solemnes. ¡No las soporto, ni me complacen sus reuniones!” (Amós 5:21). A Dios le desagradaba la falta de fe del pueblo mientras realizaban sus prácticas religiosas. No obstante, eso ocurre en cada generación. La gente va a la iglesia cada domingo y hace los ademanes de la religión, mientras su corazón está lejos de Dios. Ellos actúan su religión, como actores en un drama, pero sin fe, sin ningún compromiso personal con Dios.

Pero cuando Abel presentó su sacrificio, lo ofreció con sacrificio de alabanza. Él quería honrar a Dios. Estaba tratando de ser obediente y de manifestar su amor por Dios y confiar en él. Era un genuino acto de adoración. Pero Caín presento un sacrificio de manera hipócrita. De hecho, inmediatamente después vemos el verdadero carácter de Caín. Este se puso

celoso porque Dios recibió el sacrificio de su hermano, así que se levantó con una ira celosa y mató a Abel. Caín era un hombre sin fe, como demostró con su malvado acto. Pero la vida de Abel estaba marcada por la fe.

ENOC: AGRADAR A DIOS

En Hebreos 11:5 leemos: “Por la fe, Enoc traspuso sin morir el umbral de la muerte, y nunca más se supo de él, porque Dios le hizo cruzar ese umbral; pero antes de cruzarlo, todos reconocieron que él era del agrado de Dios”. Esta historia continúa la de Abel. Enoc fue traspuesto (eludió la muerte física) porque agradó a Dios. El autor de Hebreos explica entonces la conexión con la fe: “Sin fe es imposible agradar a Dios, porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que él existe, y que sabe recompensar a quienes lo buscan” (v. 6).

No podemos venir a Dios si no creemos que Dios existe. Eso es sencillo, ¿verdad? No podemos intentar agradar a Dios si no creemos que Dios existe y recompensa a quienes lo buscan. Enoc demostró su fe buscando agradar a Dios, tal como hacen todas las personas. Así que la fe es central para la motivación del corazón humano para vivir de una forma que honre a Dios.

Esto también lo vemos en los Evangelios. Cuando Jesús se encontraba con personas que se desviaban de su camino para rendirle honor, él los elogiaba por la fe de ellos. Esto ocurría porque nadie se molesta en honrar a una persona que no cree que exista o sea digna de honor.

Las encuestas de opinión siguen indicando que un porcentaje muy alto de

estadounidenses creen en la existencia de Dios, pero la cifra es esencialmente intrascendente. La pregunta suele plantearse más o menos de esta forma: “¿Cree usted en un ser supremo, un poder superior, o algo más grande que usted?”. Cualquiera pude creer en un poder superior. El polvo cósmico es un ser superior. Pero no es Dios. Cuando los encuestadores siguen indagando y preguntan: “¿Quiere usted agradar a Dios y vivir para él?”, el número de respuestas positivas es mucho menor.

Así que muchos de nosotros somos ateos prácticos. Puede que seamos teístas teóricos, pero nuestra vida delata una forma práctica de ateísmo en la medida que no vivimos con el fin de agradar a Dios. Si no vivimos con el fin de agradar a Dios, eso solo puede ocurrir porque en realidad no creemos que él merezca nuestra atención.

Se ha dicho que si uno quiere descubrir lo que una persona realmente cree, debería analizar su chequera. Como dijo Jesús: “Porque donde ustedes tengan su tesoro, allí también estará su corazón” (Lucas 12:34). Así que si quieres saber dónde está tu corazón, revisa tu tesoro. ¿Invertimos en el reino de Dios o en nuestros propios reinos? La persona que vive por fe vive para agradar a Dios, no a los hombres. Enoc fue apartado porque en su vida había una ardiente pasión por agradar a Dios. Eso es lo que hace una persona de fe.

NOÉ: UN INSENSATO POR CRISTO

El siguiente héroe de la fe citado en Hebreos 11 es Noé: “Por la fe, con mucho temor Noé construyó el arca para salvar a su familia, cuando Dios le

advirtió acerca de cosas que aún no se veían. Fue su fe la que condenó al mundo, y por ella fue hecho heredero de la justicia que viene por medio de la fe" (v. 7). Dios le advirtió a Noé que él iba a enviar un enorme diluvio sobre la tierra para destruir a la raza humana por causa de su pecado, pero le ordenó a Noé que hiciera un gran barco para salvar a su familia y a las especies animales (Génesis 6). "Con mucho temor", Noé se dispuso a hacer exactamente lo que Dio le había ordenado.

Sabemos que a Noé le tomó muchos años construir el arca, y muchos estudiosos bíblicos han hecho la observación de que la gente de su época debe haber ridiculizado a Noé. Hace muchos años, escuché una rutina de comedia en la que Bill Cosby desempeñaba el rol de Noé. Mientras construía el arca en medio del desierto, sus amigos venían y le preguntaban: "Noé, ¿qué estás haciendo?". Él respondía: "Construyendo un barco". "¿Para qué?". "Bueno, porque va a haber una inundación". Cosby capturaba el ridículo que probablemente experimentó Noé cuando expresaba la reacción de la gente: "Sí, seguro".

Construir un arca en un desierto ciertamente es de suyo algo ridículo. Pero Noé le creyó a Dios, y estuvo dispuesto a ser lo que el Nuevo Testamento denomina "insensato por Cristo" (1 Corintios 4:10). Él puso su confianza, no en los juicios de este mundo, sino en el juicio de Dios. Noé construyó el arca, mediante la cual sobrevivió la raza humana, porque vivió por fe.

"La Escritura dice que la actividad de Noé en este respecto "condenó al mundo" (Hebreos 11:7a). Su fidelidad reveló la falta de fe de la demás gente de su tiempo. Por esta fe, "fue hecho heredero de la justicia que viene por

medio de la fe” (v. 7b).

ABRAHAM: FE Y OBEDIENCIA

Después de analizar la fe de Abel, Enoc, y Noé, el autor de Hebreos llega a Abraham. Como dije en el capítulo anterior, este hombre ha sido llamado “el padre de los fieles”. Dice así: “Por la fe, Abrahán obedeció cuando fue llamado, y salió sin saber a dónde iba, y se dirigió al lugar que iba a recibir como herencia” (Hebreos 11:8). Nótese que aquí la Palabra *fe* se asocia a la palabra *obedeció*. Vivir en sumisión a lo que Dios ordena es la esencia de la fe. Eso es lo que hizo Abraham en una gran medida, y es el motivo por el que se le llama el padre de los fieles. Mientras Abraham aún vivía en el paganismo, Dios se le apareció y prometió que sería el padre de una gran nación. Se nos dice que Abraham “creyó al Señor, y eso le fue contado por justicia” (Génesis 15:6).

Pablo insiste en el hecho de que Abraham representa el gran ejemplo de una persona que es justificada por la fe y no por obras (Romanos 4:17). Cuando una persona abraza las promesas de Dios que se encuentran en Cristo, la persona es inmediatamente justificada. De la misma manera, Abraham fue contado (o considerado) como justo por Dios porque confió en la promesa de Dios. Abraham entonces demostró su fe por medio de su obediencia a través del tiempo. Es por eso que más tarde Santiago señalaría a Génesis 22, donde Abraham ofreció a Isaac sobre el altar, demostrando el fruto de su fe en su obediencia (Santiago 2:21).

Así que el autor de Hebreos dice que fue por fe que Abraham obedeció cuando Dios lo llamó para que fuera a un lugar que no conocía. Pensemos en esto. Podemos añadirle sensacionalismo al hecho y hacerlo más piadoso que real, pero la realidad era que Abraham era un hombre viejo. Sus raíces estaban firmemente establecidas en Mesopotamia. Allí es donde estaba su familia. Allí estaban sus posesiones. Allí estaba su herencia. Pero entonces, en su vejez, Dios vino a él y le dijo: "Quiero que salgas de esta tierra. Sal del lugar donde estás culturalmente cómodo. Voy a convertirte en un forastero en una tierra extraña y extranjera. Yo te mostraré dónde está".

Así que Abraham empacó sus cosas y partió. Si alguna vez se emprendió una aventura por la sola fe, fue esta emigración de Abraham a una tierra extraña. Es por eso que se nos dice: "Por la fe, habitó en la tierra prometida como un extraño en tierra extraña, y vivió en tiendas con Isaac y Jacob, quienes eran coherederos de la misma promesa; porque esperaba llegar a la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios" (Hebreos 11:9-10).

Hay algo significativo en el estilo de vida de Abraham como hombre de fe, así como en el de su hijo y de sus nietos. Abraham llevó una vida de peregrino. No tuvo residencia permanente. Vivió en una tienda, lo cual fue también la experiencia del pueblo de Israel. Eran seminómades. Se desplazaban por todo el territorio conforme cambiaban las condiciones del tiempo con el fin de asegurar el sustento de sus rebaños. Tenían que ir adonde el pasto estuviera creciendo en un momento determinado, así que no había un sitio permanente al que pudieran llamar hogar. Abraham esperaba y anhelaba

una ciudad que no era terrenal, sino una cuyo constructor era Dios.

Pero Abraham buscaba mucho más que una tierra. Recordemos las palabras de Jesús: “Si ustedes permanecen en mi palabra, serán verdaderamente mis discípulos; y conocerán la verdad, y la verdad los hará libres” (Juan 8:31-32). Los fariseos se ofendieron con esas palabras y respondieron: “Nosotros somos descendientes de Abrahán, y jamás hemos sido esclavos de nadie” (v. 33). Jesús dijo: “Si fueran hijos de Abrahán, harían las obras de Abrahán… Abrahán, el padre de ustedes, se alegró al saber que vería mi día. Y lo vio, y se alegró” (vv. 39, 56). Jesús estaba diciendo lo mismo que el autor de Hebreos: Abraham no solo anhelaba la tierra prometida, sino que anhelaba la promesa del Redentor, la cual se cumplía en la persona de Cristo.

Cuando Pablo enseña la doctrina de la justificación por la sola fe en su epístola a los Romanos, su “Prueba n° 1”, la persona que utiliza para ilustrar cómo funciona la salvación, es Abraham. Él hace la observación de que las personas del Antiguo Testamento eran redimidas de la misma manera que las personas que son redimidas hoy. No había una forma de salvación en Israel y otra forma en la comunidad del nuevo pacto (cristiana). Ahora la justificación es por fe; la justificación era por fe en aquel entonces. El fundamento meritorio de la salvación en el Antiguo Testamento eran los méritos de Cristo, no los méritos de toros y machos cabríos. Como nos dice Hebreos en otro lugar, la sangre de toros y machos cabríos nunca pudo quitar el pecado (Hebreos 10:4, 11), sino que esos sacrificios apuntaban a algo más allá (Hebreos 9:13-14). Ellos prefiguraban o anunciaban al Mesías que vendría, cuya sangre quitaría el pecado.

La única diferencia entre Abraham y nosotros es la dirección temporal. Abraham miraba la cruz hacia el futuro; nosotros miramos la cruz hacia el pasado. Su fe estaba en la promesa; nuestra fe está en el cumplimiento de esa promesa. Pero la forma de salvación para Abraham era la misma que para nosotros hoy.

SARA: JUZGAR QUE DIOS ES FIEL

El autor de Hebreos continúa hablando de la esposa de Abraham, Sara: "Por la fe, Sara misma recibió fuerzas para concebir, aunque era estéril, y dio a luz, aun cuando por su edad se le había pasado el tiempo, porque creyó que era fiel quien le había hecho la promesa. Por eso también, de un solo hombre, que ya estaba casi muerto, llegó a tener una multitud de descendientes, tan numerosos como las estrellas del cielo y tan incontables como la arena que está a la orilla del mar" (11:11-12).

Al igual que su esposo, Sara juzgó que Dios era fiel. Esa es la dinámica de la fe. Como dije anteriormente, la fe no se trata de creer que existe un Dios. La fe es creerle a Dios. La fe es confiar en la fidelidad de Dios. Cuando soy fiel, estoy confiando en Alguien a quien considero perfectamente fiel. Eso es lo que hizo Sara, y es lo que la gente hace hoy cuando pone su confianza en Dios porque ven que en definitiva solo él es digno de absoluta confianza.

En esta nómina hay una especie de interludio en hebreos 11:13-16: "Por la fe, todos ellos murieron sin haber recibido lo que se les había prometido, y sólo llegaron a ver esto a lo lejos; pero lo creyeron y lo saludaron, pues

reconocieron que eran extranjeros y peregrinos en esta tierra. Porque los que dicen esto, claramente dan a entender que buscan una patria; pues si hubieran estado pensando en la patria de donde salieron, tiempo tenían para volver. Pero ellos anhelaban una patria mejor, es decir, la patria celestial. Por eso Dios no se avergüenza de llamarse su Dios; al contrario, les ha preparado una ciudad".

Este pasaje resume las experiencias de aquellos que ya han sido enumerados. Tenían mucho en común, incluyendo esto: murieron en fe. Murieron sin ver o concretar la plenitud de las promesas que al comienzo los había hecho peregrinos. Dios le prometió a Abraham que sería el padre de una gran nación. Hablamos acerca de Canaán como la "tierra prometida", y en primer lugar fue prometida a Abraham y su descendencia, y no obstante el único bien inmueble que Abraham llegó a poseer después de su viaje desde Mesopotamia fue Macpela, que fue el lugar de su tumba. Fue la única propiedad que realmente heredó, pero pudo ver el futuro cumplimiento de la promesa que Dios le había hecho, y confió en ello.

ABRAHAM: CONFIANZA EN EL PODER DE RESURRECCIÓN

El autor de Hebreos descubre otro aspecto de la fe de Abraham, que lo hace volver al gran patriarca: "Por la fe, cuando Abrahán fue puesto a prueba, ofreció a Isaac; y el que había recibido las promesas ofrecía a su único hijo, a pesar de que Dios le había dicho: 'Por medio de Isaac te vendrá descendencia'. Y es que Abrahán sabía que Dios tiene poder incluso para

levantar a los muertos; y en sentido figurado, de entre los muertos lo volvió a recibir” (Hebreos 11:17-19).

Aparte del obediente sacrificio de Cristo, probablemente el mayor acto de fe con temor y temblor registrado en toda la Escritura sea la obediente respuesta de Abraham cuando Dios le ordenó que sacrificara a su hijo Isaac. En el intertanto, Abraham había dado pasos para asegurarse de que esta promesa se cumpliera con la ayuda de su esposa, Sara, quien, al considerarse estéril, ofreció a su sirvienta Agar como madre sustituta para que Abraham pudiera tener un hijo a fin de cumplir la promesa. Agar tuvo un hijo llamado Ismael; pero este no era el hijo de la promesa. Finalmente, después de más años de espera, Dios abrió el vientre de Sara, y a su edad avanzada y en su esterilidad, ella concibió un hijo a quien llamaron *Isaac* (cuando le dijeron que tendría un hijo, Sara se había reído, y el nombre *Isaac* significa “risa” en el idioma hebreo). Todas las esperanzas de Abraham, todo su destino, estaba contenido en este hijo.

Entonces Dios vino a él y le dijo: “Toma ahora a Isaac, tu único hijo, al que tanto amas, y vete a la tierra de Moriah. Allí me lo ofrecerás en holocausto, sobre uno de los montes que yo te diré” (Génesis 22:2). Abraham, con temor y temblor, partió en aquel viaje de tres días con Isaac. Por el camino, Isaac le preguntó a Abraham: “Aquí están el fuego y la leña, pero ¿dónde está el cordero para el holocausto?” (v. 7). Abraham respondió: “Dios proveerá el cordero para el holocausto” (v. 8).

Yo creo que podemos leer esta historia y ver a Abraham como un santurrón con una forma de piedad afectada, como si estuviera diciéndole a Isaac:

“Mira, hijo, no te preocupes, Dios nos va a proveer un cordero cuando lleguemos a la montaña”. En absoluto. Abraham temblaba de miedo. Él se preguntaba: “¿Cómo pudo pedirme Dios que hiciera esto? ¿Cómo pudo Dios llamarme a un lugar como este, en un momento como este, a hacer algo como esto?”. Pero él confiaba en Dios, asumiendo claramente que después de que matara a Isaac, Dios lo levantaría de los muertos (Hebreos 11:19).

Así que Abraham fue a la montaña designada por Dios. Construyó el altar, esparció la leña, y ató a su hijo. Pero cuando levantó el cuchillo, en el último segundo posible, Dios intervino y dijo: “No extiendas tu mano sobre el niño, ni le hagas nada. Yo sé bien que temes a Dios, pues no me has negado a tu único hijo” (Génesis 22:12). Esta es una historia de fe al grado absoluto. Lo único que la supera en la Escritura es la fe de Cristo mismo.

LOS DESCENDIENTES DE ABRAHAM: UN LEGADO DE FE

El autor de Hebreos luego se vuelve hacia los descendientes de Abraham. Él escribe: “Por la fe, Isaac bendijo a Jacob y a Esaú acerca de las cosas venideras” (Hebreos 11:20). Aunque Esaú era el hijo primogénito de Isaac, despreció su primogenitura y se la vendió a Jacob (Génesis 25:34), y Jacob, mediante artimañas y engaños, recibió la mayor bendición (Génesis 27:27-29), todo esto conforme al plan soberano de Dios (Génesis 25:23). Luego Hebreos observa: “Por la fe, cuando Jacob murió, bendijo a cada uno de los hijos de José, y adoró apoyado en la punta de su bastón” (11:21).

Luego encontramos a José. Solo se le dedica una oración: “Por la fe,

cuando José murió, anunció la salida de los hijos de Israel y dio instrucciones en cuanto a qué hacer con sus restos mortales” (11:22). Si algún personaje en el Antiguo Testamento vivió por fe, fue José, porque la mayor parte del tiempo que vivió por fe estaba completamente solo. No había compatriotas de la fe judía con él. Estaba encarcelado en un país extraño, acusado falsamente, condenado injustamente, completamente solo. Pero confió en Dios en aquella celda hasta que Dios no solo causó su liberación sino que lo ascendió al puesto de primer ministro de Egipto, entonces la nación más fuerte del mundo.

Más tarde él invitó a su extendida familia a vivir en Egipto, pero cuando estaba a punto de morir, sabía que en algún día futuro su clan partiría de Egipto hacia la Tierra Prometida. ¿Por qué? Porque conocía la promesa, y sabía que esa tierra no era Egipto. En consecuencia, anticipándose al éxodo de los israelitas desde Egipto mucho antes de que sucediera, en su última voluntad y testamento José dejó instrucciones para que sus huesos fueran sacados de Egipto y llevados a la Tierra Prometida. Ahora bien, eso es fe. José estaba diciendo: “Puede que mientras yo viva no llegue allí, pero quiero que desentierren mis huesos y los vuelvan a sepultar en la Tierra Prometida. Sé que mi pueblo irá allá un día porque Dios lo ha prometido”.

LOS PADRES DE MOISÉS: FE EN LA PROVIDENCIA

En el verso 23, la nómina de la fe comienza a acercarse a los sucesos del éxodo: “Por la fe, cuando Moisés nació, sus padres lo escondieron durante

tres meses, pues al ver que era un niño muy hermoso no tuvieron miedo del decreto del rey”. Los padres de Moisés ejercitaron la fe en los oscuros días de su esclavitud en Egipto. Ellos exhibieron una inmensa fe al confiar su posesión más preciada a la providencia de Dios.

Piensa en esto: cuando el faraón decretó que cada niño hebreo varón debía ser muerto, la madre de Moisés escondió a su pequeño hasta que sus pulmones se desarrollaron al punto en que se podía oír sus llantos. Entonces ella hizo una canasta de juncos, la cubrió cuidadosamente con alquitrán, puso a su bebé en la canasta, la puso a la deriva en un afluente del Nilo, y la dejó ir. La dejó flotar río abajo al cuidado de la divina Providencia, y Dios hizo que la mismísima hija del faraón encontrara a este bebé, lo adoptara como propio, y lo criara como príncipe en la corte del faraón. Qué extraordinario desenlace tuvo la fe de una madre.

MOISÉS: LA MIRADA EN LA RECOMPENSA

Cuando el autor de Hebreos se enfoca en el propio Moisés, escribe: “Por la fe, cuando Moisés ya era adulto, rehusó llamarse hijo de la hija del faraón, y prefirió ser maltratado junto con el pueblo de Dios, antes que gozar de los deleites temporales del pecado, pues consideró que sufrir el oprobio de Cristo era una riqueza mayor que los tesoros de los egipcios. Y es que su mirada estaba fija en la recompensa” (11:24-26).

En esta breve descripción, el autor de Hebreos relata la decisión de Moisés que cambió radicalmente su vida. ¿En qué se basan nuestras decisiones?

¿Cuál es el sistema de valores por el cual determinamos seguir una dirección u otra? Estaba claro que Moisés tenía que tomar una decisión, una decisión que implicaba una antítesis. Para elegir una cosa, tenía que rechazar otra. Para seguir en una dirección, tenía que repudiar la otra dirección. Mientras crecía, Moisés había disfrutado de las riquezas del palacio, beneficios educacionales, estatus, y privilegio. Llevaba una vida de relajo y lujos a sus pies por ser un joven criado en la corte del faraón. Pero llegó a una encrucijada en su vida, y eligió no gozar de los tesoros de la casa del faraón. En lugar de ello, "prefirió ser maltratado junto con el pueblo de Dios".

¿Cuándo tomó esta decisión? Fue cuando vio a uno de su propio pueblo siendo brutalmente golpeado por un capataz y se levantó para defender al hombre. Moisés se excedió y mató al egipcio, y desde ese momento ya no podía regresar. Eligió el exilio, el destierro al desierto madianita y una abyecta pobreza en lugar del constante goce de "los deleites temporales del pecado".

Ningún pecado ha hecho jamás feliz a nadie. El pecado simplemente no puede producir felicidad, pero puede causar placer, y cuando confundimos placer con felicidad, estamos totalmente expuestos a la seducción del enemigo. Pero los placeres del pecado son temporales. Pasan rápidamente, y Moisés tuvo que tomar una decisión entre el presente y la eternidad, entre los placeres temporales del pecado y las aflicciones de Cristo, las cuales son valiosas para todo tiempo.

Me imagino a la gente acercándose a Moisés en el desierto madianita, donde apenas ganaba para sobrevivir, y preguntándole: "¿Tú alguna vez

viviste en la corte del faraón, verdad? ¿Qué estás haciendo aquí?”. Él habría contestado esa pregunta diciendo: “Estoy viviendo por fe”. Como lo expresa Hebreos, Moisés “consideró que sufrir el oprobio de Cristo era una riqueza mayor que los tesoros de los egipcios. Y es que su mirada estaba fija en la recompensa”.

Cuando yo estaba en el seminario, me eligieron para dar un sermón en la capilla del seminario. Entregué un mensaje acerca del pecado. Al final del sermón, me saludaron dos grupos. Primero, estaban mis compañeros, quienes me felicitaron. En segundo lugar, había un grupo de profesores, quienes estaban completamente furiosos. De hecho, uno de ellos literalmente me tiró contra la pared y me acusó de distorsionar la Biblia.

Yo ciertamente no quería ser culpable de distorsionar las Escrituras, así que fui adonde uno de mis otros profesores, en cuya opinión yo confiaba, y le pregunté: “Tal persona acaba de decirme que distorsioné las Escrituras. ¿Es cierto?”. Estaba tan desconcertado que estaba temblando. Tenía un miedo mortal. Pero entonces este profesor sonrió de oreja a oreja. Me dijo: “¡Oh, qué bendito eres!”. Yo no me sentía muy bendecido y se lo hice saber. Él dijo: “¿No ves que lo que acabas de proclamar fue la pura Palabra de Dios, y simplemente provocaste el nido de las avispas? La gente te odió por causa de Cristo. ¡Acabas de probar el oprobio de Cristo! Ese es el mayor tesoro que podrías llegar a tener”.

La diferencia entre mi profesor y yo era que él lo creía así. Yo no. Yo solo quería correr por mi vida. Yo solo era un novato, pero él entendía las cosas de Dios tal como Moisés.

NUESTRO MUNDO AL REVÉS

El autor de Hebreos prosigue citando un ejemplo de fe tras otro:

> Por la fe [Moisés] salió de Egipto, sin temor a la ira del rey, y se mantuvo firme, como si estuviera viendo al Invisible. Por la fe, celebró la pascua y el rociamiento de la sangre, para que el que destruía a los primogénitos no llegara a tocarlos.
>
> Por la fe, pasaron por el Mar Rojo como si pisaran tierra seca; y cuando los egipcios intentaron hacer lo mismo, murieron ahogados. Por la fe, cayeron las murallas de Jericó después de rodearlas siete días. Por la fe, la ramera Rajab no murió junto con los desobedientes, pues había recibido en paz a los espías.
>
> ¿Y qué más puedo decir? Tiempo me faltaría para hablar de Gedeón, de Barac, de Sansón, de Jefté, de David, así como de Samuel y de los profetas, que por la fe conquistaron reinos, impartieron justicia, alcanzaron promesas, taparon bocas de leones, apagaron fuegos impetuosos, escaparon del filo de la espada, sacaron fuerzas de flaqueza, llegaron a ser poderosos en batallas y pusieron en fuga a ejércitos extranjeros. Hubo mujeres que por medio de la resurrección recuperaron a sus muertos. Pero otros fueron atormentados, y no aceptaron ser liberados porque esperaban obtener una mejor resurrección. Otros sufrieron burlas y azotes, y hasta cadenas y cárceles. Fueron apedreados, aserrados,

> puestos a prueba, muertos a filo de espada; anduvieron de un lado a otro cubiertos de pieles de oveja y de cabra, pobres, angustiados y maltratados. Estos hombres, de los que el mundo no era digno, anduvieron errantes por los desiertos, por los montes, por las cuevas y por las cavernas de la tierra (Hebreos 11:27-38).

Vivimos en un mundo al revés donde los mendigos van a caballo y los príncipes llevan harapos. Las personas nombradas en Hebreos 11 fueron aquellos de quienes el mundo no era digno, los que fueron aserrados, apedreados, afligidos y atormentados, y vivieron en desiertos, montes y cavernas. Encima de todo, no experimentaron el cumplimiento de la promesa de Dios en sus vidas: “Y aunque por medio de la fe todos ellos fueron reconocidos y aprobados, no recibieron lo prometido. Todo esto sucedió para que ellos no fueran perfeccionados aparte de nosotros, pues Dios había preparado algo mejor para nosotros” (vv. 39-40).

El autor está diciendo que estos santos tenían que esperarnos a nosotros. Solo imagina si Dios hubiera acabado la consumación de su obra de redención hace cincuenta años, hace treinta años, o hace diez años. ¿Cuántos de nosotros habríamos perdido el reino? Pero por causa de nosotros, nuestros padres soportaron estos horrores indescriptibles, y eso es algo que debemos recordar regularmente. Nos hemos desligado de la historia de la iglesia, de la historia bíblica, y tomamos muy a la ligera las cosas por las que los padres de nuestra fe pagaron con sus vidas, posesiones, y salud.

Cuando pienso en el precio que se pagó para recuperar el evangelio desde

las tinieblas en el siglo XVI, y luego pienso en la liviandad con la que se toman estos mismos hechos a comienzos del siglo XXI, simplemente no entiendo. O no captamos la dulzura del evangelio, o bien no sabemos nada acerca de la historia del pueblo de Dios. En un sentido real, la sangre de nuestros padres nos grita hoy desde el suelo porque no estamos dispuestos a hacer los mismos sacrificios que ellos hicieron por nosotros, y Dios no honrará una iglesia conformada por cobardes.

Si la iglesia ha de ser la iglesia triunfante, primero debe ser la iglesia militante. Debe estar dispuesta a entrar en una guerra espiritual, una que podría costarnos la vida misma. Sin embargo, si miramos la historia de la iglesia, podemos ver que el evangelio resplandeció con su mayor claridad y esplendor en aquellas épocas en las que los defensores de la fe pasaron la mayor parte de su tiempo en prisión. Pero nosotros disfrutamos tanto de las comodidades de este mundo que las preferimos a ellas antes que vivir como aquellos que fueron peregrinos y extranjeros sobre la tierra.

Esta nómina de la fe de Hebreos 11 tiene una conclusión, pero está al comienzo del capítulo 12. Siempre me pregunto cómo es que un capítulo puede comenzar con la frase “por lo tanto”, porque esta indica la conclusión de lo que se ha dicho antes, pero eso es lo que ocurre en Hebreos 12. Esta es la conclusión para nuestro beneficio: “Por lo tanto, también nosotros, que tenemos tan grande nube de testigos a nuestro alrededor, liberémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante. Fijemos la mirada en Jesús, el autor y consumador de la fe” (Hebreos 12:1-2a).

¿No es interesante que después de mirar todos estos héroes y heroínas terrenales, el autor de Hebreos diga al final: “Miremos realmente al autor y consumador de nuestra fe, ‘quien por el gozo que le esperaba sufrió la cruz y menospreció el oprobio, y se sentó a la derecha del trono de Dios’ (Hebreos 12:2b)”? En el siguiente capítulo analizaremos lo que significa que Jesús sea al autor y consumador de nuestra fe.



Un don de Dios

Una vez tuve una conversación con una mesera acerca de lo fantástico que es vivir en Florida, especialmente durante los meses fríos del año. Esta joven señaló que ella era del norte, pero, dijo: “No volvería al norte ni para salvar mi alma”. Yo le dije: “Bueno, en ese punto no estamos de acuerdo. Yo tampoco deseo volver al norte, pero si eso significara la salvación de mi alma, no dudaría en ir”.

Cuando decimos “no haría tal o cual cosa ni para salvar mi alma”, estamos hablando en broma. Me atrevería a decir que quienes usan esta expresión no han reflexionado realmente sobre el significado literal de sus palabras. No están haciendo ningún tipo de declaración acerca de sus almas. Simplemente están usando una expresión popular.

Pero en el siglo XVII, la iglesia y la gente en la cultura en general estaban muy preocupados por la salvación del alma humana. La Confesión de Fe de Westminster manifiesta esta preocupación, y expone los requisitos bíblicos para la salvación con cierto detalle. En el capítulo 14, la confesión presenta los prerrequisitos clave para la salvación. El título del capítulo es “De la fe salvadora”, y comienza con estas palabras: “La gracia de la fe, por la cual se capacita a los elegidos para creer para la salvación de sus almas, es la obra del Espíritu de Cristo en sus corazones…”.

Pon mucha atención a las primeras cinco palabras. La confesión no simplemente habla de la fe. Más bien llama nuestra atención hacia “la gracia de la fe”. Llama gracia a la fe porque esta llega a nosotros como un don de Dios; es algo que no podemos comprar, ganar, o merecer de ninguna forma. La definición usual de la gracia que tenemos en teología es “el favor inmerecido de Dios”. Así que la fe es una manifestación de la gracia de Dios. En palabras simples, los que son salvos son capacitados o potenciados para creer hasta el final de la salvación de sus almas. La fe no se concibe como un logro del espíritu humano. De hecho, la fe no es algo que un ser humano caído ejerza naturalmente.

Aquí radica la cuestión clave que provoca tanta controversia en la teología. Por una parte, Dios requiere fe, y no obstante, por otra parte, la Escritura dice que nadie puede ejercer una fe salvadora a menos que Dios haga algo sobrenatural que lo capacite para que la ejerza.

CONCEDE LO QUE MANDAS

Esto evoca la antigua controversia entre el hereje Pelagio y Agustín de Hipona. Agustín escribió una oración en la que decía: “Oh Señor, concede lo que mandas, y manda lo que sea tu voluntad”. Pelagio objetó la primera parte de la oración. Él preguntó: “¿Por qué le pedirías a Dios que te concediera o te diera un don de algo que él requiere?”. Pelagio básicamente estaba diciendo: “Si Dios requiere algo de una persona, esa persona —si Dios es justo— debe tener en sí misma la capacidad de cumplir con lo que se le exige. De lo contrario, Dios sería injusto”. La conclusión última de Pelagio fue que, puesto que Dios exige de las personas la perfección, las personas deben tener la capacidad de ser perfectas sin ninguna ayuda de la gracia divina. Pero Agustín decía: “No podemos agradar a Dios a menos que Dios nos ayude de alguna forma a cumplir con sus requerimientos”.

Esta disputa era acerca de la doctrina del pecado original. Agustín decía que Dios hace sus requerimientos a personas caídas, quienes tienen una naturaleza corrupta, quienes carecen de la capacidad de crear fe en sus propios corazones. Antes de que Adán cayera, tenía la capacidad de responder a Dios con fe sin la asistencia sobrenatural de la gracia. Pero después de la caída, según Agustín, el hombre carece de esa capacidad, de manera que la gracia es un prerrequisito imprescindible para que cumplamos con los requerimientos.

La teología de la Confesión de Westminster es totalmente agustiniana. Cuando aborda la fe salvadora, hace eco de la enseñanza de Agustín y la iglesia a través de las épocas, diciendo que la fe que se requiere para agradar a Dios no es algo que nosotros podamos producir por nuestras propias

fuerzas. Si hemos de tener fe salvadora, Dios el Espíritu Santo debe cambiar la disposición de nuestro corazón.

La teología reformada habla del *ordo salutis* o el "orden de la salvación", que es un análisis de orden lógico de los sucesos que deben ocurrir para que una persona sea redimida. Por ejemplo, decimos que somos justificados por la fe. Eso significa que un prerrequisito lógico para la justificación es la fe. Por lo tanto, en el orden de la salvación, la fe viene antes que la justificación. La fe no es el fruto de la justificación; la justificación es el fruto de la fe. ¿Pero qué viene antes de la fe? En el orden de la salvación, el suceso que precede a la fe es la regeneración.

La regeneración se conoce popularmente como el "nacer de nuevo", o el "nuevo nacimiento". Es la operación por la cual Dios el Espíritu Santo, sobrenatural y divinamente, cambia la disposición de nuestro corazón. Mientras estamos en nuestra condición caída, dice el Antiguo Testamento, tenemos un corazón de piedra y de continuo deseamos solo el mal (cf. Ezequiel 11:19-20; Génesis 6:5). De manera similar, el Nuevo Testamento declara que estamos espiritualmente muertos (Efesios 2:1). La regeneración ocurre cuando el Espíritu Santo viene a una persona espiritualmente muerte y la revive espiritualmente. El resultado es que aunque su corazón era como piedra (insensible e indiferente a las cosas de Dios), ahora late en respuesta a las cosas de Dios debido a la obra del espíritu.

Esto es de lo que Jesús estaba hablando cuando le dijo a Nicodemo: "A menos que nazcas de nuevo, no puedes ver el reino de Dios", y "nadie puede entrar en el reino de Dios si no nace de agua y del Espíritu" (Juan 3:3, 5,

NTV). Las frases *a menos que* y *si no* indican lo que llamamos una "condición necesaria". Jesús le estaba diciendo a Nicodemo: "Algo tiene que ocurrirle al ser humano para que vea el reino de Dios o entre en el reino de Dios". Esta necesidad que Jesús discutió con Nicodemo era la experiencia de nacer de nuevo del Espíritu.

Regeneración significa "generar nuevamente". Es un nuevo comienzo, una nueva génesis. En este mundo nacemos biológicamente vivos pero espiritualmente muertos. Para que revivamos espiritualmente, necesitamos la obra sobrenatural de Dios el Espíritu Santo en nuestro corazón.

La postura evangélica popular de este asunto es que si uno quiere nacer de nuevo, necesita tener fe. Por lo tanto, la visión popular es que la fe viene antes que la regeneración. Esta idea implica que, en nuestra condición caída, mientras aún estamos en la carne, mientras aún estamos muertos en delitos y pecados, podemos creer con el fin de ser hechos de nuevo. Pero al parecer esa idea está en una trayectoria de colisión con todo lo que el Nuevo Testamento enseña acerca de la regeneración. Si se nos deja a nuestro arbitrio, en nuestra muerte espiritual, nunca nos inclinaríamos hacia las cosas de Dios. Tal como dijo Jesús: "Ninguno puede venir a mí, si el Padre no se lo concede" (Juan 6:65). La razón última por la que algunos responden con fe al evangelio y otros no es que algunos (y no los otros) son regenerados por el Espíritu Santo.

El aspecto difícil de esta doctrina es que Dios el Espíritu Santo no revive a todos. Eso es lo que causa que muchos tropiecen con esta idea. Si la fe salvadora es el don de Dios el Espíritu Santo, ¿por qué no se lo da a todos?

LA FE REQUIERE DE LA ELECCIÓN

Eso nos lleva a la doctrina de la elección. La fe salvadora está vinculada a la elección en la primera oración del capítulo "De la fe salvadora" de la Confesión de Fe de Westminster": "La gracia de la fe, por la cual se capacita a los elegidos para creer para la salvación de sus almas, es la obra del Espíritu de Cristo en sus corazones…" La oración indica que no todos son capacitados para ser creyentes, sino solo aquellos a quienes Dios determina conceder el don de la capacitación. Esta es la esencia de la doctrina de la elección.

Cuando Pablo explicó esta doctrina a los romanos, anticipó una reacción frustrada. Él escribió: "Entonces, ¿qué diremos? ¿Que Dios es injusto? ¡De ninguna manera!" (Romanos 9:14). Debemos recordar que Dios ha decretado que él tendrá misericordia de quien quiera tenerla, y nunca está obligado a conceder sus dones de gracia a todos por igual (cf. Éxodo 33:19; Romanos 9:15). El mayor acto de misericordia que Dios realiza es dar el don de la fe.

Efesios 2 es uno de los textos más importantes respecto a este tema. Pablo comienza este capítulo escribiendo: "En otro tiempo ustedes estaban muertos en sus transgresiones y pecados, en los cuales andaban conforme a los poderes de este mundo. Se conducían según el que gobierna las tinieblas, según el espíritu que ahora ejerce su poder en los que viven en la desobediencia. En ese tiempo también todos nosotros vivíamos como ellos, impulsados por nuestros deseos pecaminosos, siguiendo nuestra propia voluntad y nuestros propósitos. Como los demás, éramos por naturaleza

objeto de la ira de Dios" (Efesios 2:1-3, NVI). El apóstol está diciendo que aunque los cristianos compartan una humanidad común, caída y corrupta con toda la raza humana, ellos han recibido este indescriptible beneficio de ser revividos o vivificados por la gracia de Dios, con lo cual fueron apartados del caminar según los apetitos de la carne y los deseos de la mente. En otras palabras, los creyentes fueron redimidos mientras aun estaban muertos y eran por naturaleza objeto de la ira, como todos los demás.

Pero entonces Pablo continúa y dice: "Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor por nosotros, nos dio vida con Cristo, aun cuando estábamos muertos en pecados. ¡Por gracia ustedes han sido salvados! Y en unión con Cristo Jesús, Dios nos resucitó y nos hizo sentar con él en las regiones celestiales, para mostrar en los tiempos venideros la incomparable riqueza de su gracia, que por su bondad derramó sobre nosotros en Cristo Jesús (vv. 4-7, NVI). Entonces viene lo siguiente: "Porque por gracia ustedes han sido salvados mediante la fe; esto no procede de ustedes, sino que es el regalo de Dios" (v. 8, NVI).

Hay todo un mundo de controversia teológica que se enfoca en lo que Pablo quiere decir cuando declara "*esto* no procede de ustedes". ¿Qué cosa no procede de nosotros? ¿Es la gracia la que no procede de nosotros? ¿O es la fe?

Muchos creyentes dicen: "Reconozco que no puedo tener fe sin la gracia, y obviamente la gracia no es algo que proceda de mí; proviene de Dios. Así que necesito la ayuda de la gracia, pero la razón por la que algunas personas son salvas y otras no es que algunas personas dicen 'sí' al ofrecimiento de la

gracia y otras personas dicen ‘no’”. Por lo tanto, una persona puede interpretar que este pasaje quiere decir que somos salvos porque confiamos en el ofrecimiento de la gracia, un ofrecimiento que no proviene de nosotros, sino de Dios.

Sin embargo, ¿a qué se alude con “no procede de ustedes”? ¿A la gracia o a la fe?

De acuerdo con todas las reglas de la gramática griega, solo hay una respuesta posible a esa pregunta. En la estructura gramatical de este texto, el antecedente de la palabra *esto* es la palabra *fe*. El apóstol está diciendo que somos salvos por gracia mediante la fe, y que esta fe por medio de la cual somos salvos no es nuestra sino que es un don de Dios.

Cuando pensamos en las riquezas de la misericordia divina por la que fuimos redimidos y contemplamos que incluso la fe por la que somos salvos no provino de nuestra propia carne y voluntad, sino a consecuencia de una intervención sobrenatural en nuestra vida, esto debe ponernos de rodillas con gratitud y acción de gracias.

La historia se repite en todos nosotros en lo que respecta a la experiencia de esta realidad. Sabemos que no abrazamos a Cristo con nuestra propia carne. Sabemos que fue necesaria la obra interna de Dios el Espíritu Santo para transformarnos de aquellos que se oponían a las cosas de Dios a aquellos que abrazan las cosas de Dios. Él nos vivificó y nos dio el don de la fe con la cual confiamos en Cristo.



Fortalecida por la Palabra

John Wesley, el fundador del metodismo, testificaba que su experiencia de conversión ocurrió después de ya haber sido ordenado clérigo. Él estaba en un encuentro en la calle Aldersgate en Londres, escuchando un sermón del libro de Romanos, y mientras oía las palabras de la Escritura —palabras que ya había oído muchas veces— de pronto sintió que su corazón "ardía extrañamente". Él consideró ese hecho como su conversión a Cristo.

De manera similar, Agustín, mientras llevaba una vida de desenfrenada licencia, oyó a unos niños que jugaban un juego en el jardín con el estribillo "*tolle lege, tolle lege*", o "toma y lee". Él levantó la vista y vio un manuscrito del texto de Romanos. Cuando lo abrió, sus ojos cayeron sobre el texto de

Romanos 13:13-14: “Vivamos con honestidad, como a la luz del día, y no andemos en glotonerías ni en borracheras, ni en lujurias y lascivias, ni en contiendas y envidias. Más bien, revistámonos del Señor Jesucristo, y no busquemos satisfacer los deseos de la carne”. La Palabra de Dios repentinamente penetró su corazón, y él respondió al evangelio.

En mi propia experiencia de conversión, un joven me citó un verso del libro de Eclesiastés: “Si las nubes están cargadas de agua, se derraman sobre la tierra. Caiga el árbol hacia el norte, o caiga el árbol hacia el sur, en donde caiga se quedará” (11:3). Probablemente yo sea la única persona en la historia que se ha convertido por medio de ese verso en particular, pero esa imagen de un árbol muerto en el suelo del bosque —inerte, pudriéndose, ya sin producir frutos, inútil— me dio una imagen de mi vida. Me vi a mí mismo como un árbol podrido, y Dios usó ese verso para despertarme a la fe salvadora.

Todas estas experiencias de conversión, aunque son distintas, tienen algo en común: el rol de la Palabra de Dios. Muchos miles, si no millones de creyentes también pueden testificar cómo el Espíritu Santo actuó en sus vidas por medio del agudo y penetrante poder de la Palabra. Las Escrituras son absolutamente cruciales en el proceso por el cual el Espíritu concede —y fortalece— la fe de los cristianos.

ELECCIÓN Y ADOPCIÓN

En los capítulos previos, vimos Efesios 2, donde Pablo muestra que la fe es un don de Dios. En el primer capítulo de la epístola, Pablo vincula

inequívocamente la elección divina con nuestra adopción por parte de Dios. Los versos iniciales de Efesios dicen: “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que en Cristo nos ha bendecido con toda bendición espiritual en los lugares celestiales. En él, Dios nos escogió antes de la fundación del mundo, para que en su presencia seamos santos e intachables. Por amor nos predestinó para que por medio de Jesucristo fuéramos adoptados como hijos suyos, según el beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado” (Efesios 1:3-6).

La elección es la soberana obra predestinadora de Dios, la suprema expresión de su misericordia y gracia. Es el acto por el cual, desde la eternidad, Dios determinó hacer que, en Cristo, algunas personas fuesen su obra, modeladas para conformarse a la imagen de Cristo, para su gloria, según su soberana voluntad, y según su plan de hacernos aceptables ante él. Después de todo, sin fe no somos aceptables ante Dios, pero Dios nos hace aceptables ante él mediante el don de la fe, que conduce a nuestra justificación. Por lo tanto, en esta sección, Pablo está hablando de la gloria de la gracia y la misericordia de Dios porque él suple estos requerimientos.

En el verso 13 del capítulo 1, Pablo hace este comentario: “También ustedes, luego de haber oído la palabra de verdad, que es el evangelio que los lleva a la salvación, y luego de haber creído en él, fueron sellados con el Espíritu Santo de la promesa”. Así que nacemos de nuevo, oímos la Palabra de Dios, creemos, somos justificados, somos adoptados, y somos sellados por el Espíritu Santo. Todas estas cosas son parte del orden de la obra redentora

de Dios en nosotros.

Lo que quiero observar especialmente en Efesios 1:13 es el vínculo entre confiar en Dios y oír la Palabra de Dios. En el capítulo anterior, vimos parte del capítulo “De la fe salvadora” de la Confesión de Fe de Westminster. Esa declaración decía: “La gracia de la fe, por la cual se capacita a los elegidos para creer para la salvación de sus almas, es la obra del Espíritu de Cristo en sus corazones…”. Pero la declaración no acaba ahí; continúa diciendo: “…y es hecha ordinariamente por el ministerio de la Palabra”. Esto hace eco de la declaración bíblica de que “la fe proviene del oír, y el oír proviene de la palabra de Dios” (Romanos 10:17).

Ya hemos visto que la fe llega por la regeneración, la obra del Espíritu Santo en el alma. Pero la forma corriente en que Dios el Espíritu Santo actúa en personas espiritualmente muertas y les concede el don de la fe es a través de la predicación de la Palabra. En el Nuevo Testamento hay una distinción entre la Palabra y el Espíritu, pero nunca una separación: el Espíritu actúa con la Palabra y por medio de la Palabra, nunca contra la Palabra. Dios asiste poderosamente la proclamación de su Palabra con la obra del Espíritu Santo. El Espíritu inspiró la Palabra cuando fue escrita originalmente. Hoy él la usa para iluminarnos, y la aplica a nuestra alma y corazón.

La fe, pues, es un don de Dios, engendrado por el Espíritu Santo, y la forma corriente de concederlo es a través de la Palabra. Jesús dijo que él enviaría el Espíritu Santo para convencernos de verdad, de justicia y de pecado (Juan 16:7-11), y lo hace por medio de su Palabra.

BUSCAR POR MEDIO DEL OÍR

La conexión que hace Pablo entre la fe salvadora y el plan eterno de elección de Dios es causa de gran confusión para muchas personas. Alguien me preguntó una vez: "¿Por qué debería escuchar a los predicadores o ir a la iglesia? Si estoy elegido, soy salvo; si no, no, así que no hay nada que pueda hacer". Yo le respondí: "En esta vida se puede saber que uno ha sido elegido. Uno puede asegurarse del llamado y elección, como nos dice el apóstol Pedro, pero en este mundo *no se puede* saber con certeza que uno *no* ha sido elegido, porque cada persona que ha sido elegida y ha venido a la fe salvadora tuvo un periodo en su vida en el que no estuvo en la fe". Le di el ejemplo de Wesley, quien, antes de que su corazón "ardiera extrañamente", pudo haber pensado que no estaba elegido porque no era creyente y su elección aún no se llevaba a cabo. Asimismo, la elección de Agustín no se llevó a cabo sino hasta que tomó la Biblia y leyó el pasaje de Romanos en el jardín. Puede que una persona no venga a la fe salvadora sino en su lecho de muerte, y cosas tales como la conversión en el lecho de muerte realmente existen. Así que si una persona está fuera de la fe durante toda su vida, esa no es una prueba positiva de que no esté incluida entre los elegidos.

Esta persona continuó: "Dado que no puedo producir la fe por mí mismo, ¿para qué molestarme? ¿Por qué debería ir a la iglesia?". Yo le dije: "Esa es la razón por la que *deberías* ir a la iglesia". En mi respuesta, lo dirigí hacia la enseñanza de Jonathan Edwards sobre esta importante materia. Edwards probablemente haya sido el más fuerte predestinacionista que haya nacido en

tierra estadounidense, pero él desarrolló su doctrina de la búsqueda para ayudar a aquellos que preguntan: “¿Qué puedo hacer si todo depende de Dios?”. Edwards respondía: “Puedes buscar”.

Es importante observar que Edwards no estaba hablando de la búsqueda auténtica, el esfuerzo de aquellos que aman a Cristo por adquirir un mayor conocimiento de él. Pero Edwards le decía a su gente: “Ustedes no saben si están elegidos o no. Ustedes saben que si no tienen fe, se irán al infierno. Saben que es para su beneficio descubrir si tienen alguna capacidad para la fe, y saben que la forma ordinaria en la que Dios trae a las personas a la fe salvadora es mediante la predicación el evangelio. Así que, aun si no tienen ningún amor a Dios y en su corazón solo tienen su propio interés personal —su interés personal ilustrado— lo prudente es que se pongan en el camino de la gracia; es decir, ubíquense donde los medios de gracia están comúnmente más concentrados, y eso significa prestar atención a la predicación de la Palabra de Dios. Esto es para su provecho, aun si lo encuentran aburrido, odioso, y desagradable. Tal vez Dios, en su misericordia, traspase sus corazones mientras escuchan la Palabra de Dios”.

Creo que ese es un sabio consejo. Si no eres creyente, por favor no concluyas que no hay nada que puedas hacer porque quizá no estés entre los elegidos. Hay algo que puedes hacer respecto a tu condición ahora mismo. Puedes ir y estar donde se proclame la Palabra de Dios, aun si tus motivos son completamente egoístas. Hazlo. Si tienes algo de sabiduría, correrás a aquellos lugares.

FORTALECIMIENTO DE LA FE

Luego de afirmar que “la gracia de la fe… es hecha ordinariamente por el ministerio de la Palabra”, la declaración de la Confesión de Westminster sobre la fe salvadora añade: “También por la cual, y por la administración de los sacramentos y por la oración, se aumenta y se fortalece”.

La teología reformada nunca habla de un aumento de la justificación, porque la justificación se sustenta en la justicia de Cristo, y no hay nada que podamos hacer para aumentar esa justicia o mérito. Ya es perfecta. No podemos añadirle ni sustraerle nada. Sin embargo, la Biblia sí habla del crecimiento de la fe. De hecho, esta crece y disminuye (aunque jamás puede ser destruida). Nuestra fe en Dios pasa por momentos áridos, cuando gritamos: “¡Creo! ¡Ayúdame en mi incredulidad!” (Marcos 9:24). En diversos periodos, la fe con la que nos aferramos a Cristo puede ser más fuerte o más débil. A los redactores de la confesión les interesaba presentar formas en las que puede ser fortalecida. La fe por la cual somos salvos puede ser tan pequeña como una semilla de mostaza, pero esa fe, a pesar de lo minúscula que pueda ser al comienzo, puede crecer y volverse cada vez más fuerte para que nos volvamos cada vez más productivos como cristianos.

No solo el comienzo de la fe depende de la gracia sobrenatural de Dios; el fortalecimiento de la fe se sustenta en la gracia santificadora de Dios. Lo que llamamos los “medios de gracia”, los “instrumentos” por los cuales se nos administra la gracia, son muy importantes. ¿Cuáles son estos medios?

Ya hemos comenzado a analizar uno de ellos: el ministerio de la Palabra.

Cuanto más me expongo a la Palabra de Dios, tanto más grande será mi fe. Asimismo, si soy negligente en la lectura de la Escritura, me expongo a que las ideas fluyan desde el mundo secular hacia mi cabeza, lo cual puede atenuar el ardor de mi fe. Entonces necesito regresar a la Palabra. Mientras leo las Escrituras y digo: "Sí, eso es verdad", mi alma es avivada. Es por eso que necesitamos estar en la iglesia cada Domingo en la mañana y no descuidar tales reuniones (Hebreos 10:24-25). Necesitamos urgentemente estos momentos para concentrarnos en escuchar la Palabra de Dios.

Si yo creyera que el fruto de mi predicación depende de un solo sermón predicado, abandonaría el ministerio miserablemente desesperado. En cierto tiempo, yo impartía una clase de una hora a la semana en una iglesia. Cada semana planteaba una pregunta acerca de lo que había enseñado la semana anterior, y la mayoría de las personas no recordaba lo que yo había dicho. Lamentablemente, en ese escenario yo no tenía el beneficio que tengo en el contexto del seminario de dar tareas para que los alumnos tengan que leer, repasen sus notas, y asimilen el material. En consecuencia, los asistentes a la clase de la iglesia no retenían la mayor parte de lo que aprendían cada semana. Si eso ocurre en una clase de una hora, ¿qué decir de un sermón de treinta minutos? ¿Cuánto impacto causa este en las personas? A veces puedo predicar un sermón que ya había dado dos años antes, y nadie se da cuenta. Me preocupa la repetición, pero la gente dice: "¡Ah! ¿Ya había predicado eso antes? Por alguna razón nos lo perdimos". Eso es algo difícil para los predicadores.

Lo que me sostiene es saber que Dios ha elegido la predicación como su

medio para despertar a las personas a la fe y para fortalecerlas en su fe. Él ha prometido que su Palabra no volverá a él vacía (Isaías 55:11). Aunque muchos cristianos no pueden recordar tres sermones que hayan escuchado en sus vidas, no obstante, cada vez que escuchan la Palabra de Dios, esta causa un impacto en ellos—aun si su mente está divagando. Es un medio de gracia.

LOS SACRAMENTOS Y LA ORACIÓN

La Confesión de Fe de Westminster también señala que la administración de los sacramentos es útil, porque los sacramentos del bautismo y de la Cena del Señor son comunicaciones tangibles y demostrativas (no verbales) de la Palabra de Dios. Son demostraciones de la verdad del evangelio que impacta nuestros sentidos, no solo nuestra mente. Los sacramentos refuerzan y fortalecen nuestra fe porque refuerzan y fortalecen la Palabra de Dios.

Lo último que se menciona en la cita de la confesión sobre la fe salvadora es la oración. La oración es uno de los medios de gracia más importantes que tenemos para fortalecer nuestra fe. La oración no es para el beneficio de Dios. No oramos para darle una información que de otra forma él no tendría. No oramos para darle consejo a Dios con el fin de mejorar su administración del universo. La oración es más bien para nuestro beneficio. Es un medio dado por Dios para pasar tiempo con él, para adorarlo y agradecerle, y para darle a conocer nuestras peticiones. Posteriormente, cuando nos levantamos de nuestras rodillas, observamos la providencia de Dios obrar en nuestras vidas. En suma, vemos a Dios respondiendo nuestras oraciones. ¿Qué le causa eso a

nuestra fe? La fortalece. Es por eso que la oración es un medio de gracia muy importante.

El ministerio de la Palabra de Dios es vitalmente importante para nuestra fe. Es por eso que los muchos opositores de la confiabilidad de las sagradas Escrituras en nuestro tiempo son un gran peligro para el rebaño. Incluso personas que supuestamente son líderes en la iglesia están restringiendo el acceso del pueblo de Dios a los más importantes medios de gracia que tienen para fortalecer su fe.

Tienes que decidir: puedes escuchar a los críticos de la Biblia, o bien puedes venir a la Escritura misma. El Espíritu Santo nunca promete ministrar a través de las palabras de los críticos. Pero sí ministra tu alma a través de la lectura y el estudio de su santa Palabra.

Cuando tengas luchas con tu fe, cuando enfrentes la noche oscura del alma, cuando no estés seguro de en qué situación estás con las cosas de Dios, huye a las Escrituras. Es desde esas páginas que Dios el Espíritu Santo te hablará, ministrará tu alma y fortalecerá la fe que él te dio en un comienzo.

ACERCA DEL AUTOR

El Dr. R. C. Sproul es el fundador y director de Ligonier Ministries, un ministerio multimedia internacional con sede en Sanford, Florida. Él también se desempeña como co-pastor en Saint Andrew's, una congregación reformada en Sanford, y como rector del Reformation Bible College, y su enseñanza puede escucharse en todo el mundo en el programa de radio diario *Renewing Your Mind.*

Durante su distinguida carrera académica, el Dr. Sproul contribuyó a la formación de hombres para el ministerio como profesor en varios seminarios teológicos.

El Dr. Sproul es autor de más de noventa libros, entre ellos, *The Holiness of God, Chosen by God, The Invisible Hand, Faith Alone, Everyone's a Theologian, Truths We Confess, The Truth of the Cross, and The Prayer of the Lord*. También trabajó como editor general de la Biblia *The Reformation Study Bible*, y ha escrito varios libros para niños, entre ellos *The Donkey Who Carried a King.*

El Dr. Sproul y su esposa, Vesta, residen en Sanford, Florida.